

Jaime Alejandro Rodríguez\*

**Las trampas del relato. Historia en clave  
narrativa de Álvaro Pineda Botero**  
*El esposado*

Bogotá: Fundación Literaria Común Presencia,  
Colección Los Conjurados, 2011, 197 pp.

\* Profesor Titular, Departamento de Literatura,  
Pontificia Universidad Javeriana.  
Correo electrónico: jarodri@javeriana.edu.co

LA NUEVA NOVELA de Álvaro Pineda Botero, *El esposado*, nos ofrece una gama de posibilidades lectoras tan amplia como la que va de la novela histórica al relato policíaco, de la novela de aventuras al drama jurídico, del ensayo a la autorreflexión literaria. Se distinguen dos partes. La primera (130 páginas) corresponde al relato pormenorizado y secuencial de la vida de Juan de Urbina, un vizcaíno de fines del siglo XVI, “de los afortunados que tenían letras”, aficionado a la lectura y ávido de aventuras, quien logra cumplir su sueño juvenil de viajar a las Indias y después de unos pocos pero desgastantes ires y venires se instala, primero en Cartagena de Indias y luego en “Tierra adentro”, más exactamente en Santafé de Bogotá, y luego en Santiago de Tunja, para pasar más tarde a Cáceres de Indias (Antioquia), donde, como administrador de minas, se hace a una considerable fortuna. Al final de esta parte, vemos a un Juan de Urbina, ya maduro, realizado en todas sus dimensiones, tranquilo por la labor cumplida, instalado de nuevo en una Cartagena de Indias que ahora es toda una metrópoli y la sede del Tribunal de la Inquisición (por el que él mismo había abogado unos años antes, cuando redactó la “súplica” que unos notables de Tunja le enviaron a Felipe II).

Hasta ahí la novela de Pineda Botero podría calificarse como novela histórica, un género sobre el que el propio autor ha reflexionado y que ya ha ejercido antes (me refiero a su magnífica, aunque poco ponderada, novela sobre Bolívar: *El Insondable*<sup>1</sup>). Un relato que nos presenta una estampa muy completa de la Colombia de la época desde la perspectiva de Juan de Urbina, es decir, desde la perspectiva del colonizador. Relato muy bien desarrollado que mezcla biografía con aventuras y reflexiones. Para destacar de esta parte, la narración de dos acontecimientos: el enfrentamiento naval entre la Armada española y los corsarios ingleses (páginas 30 a 35), en el que participa Urbina y que está descrito como para ser llevado a la pantalla grande; y luego, años más tarde, otra acción en la que participa el protagonista: la guerra contra los “Pijaos” (páginas 79 a 87) y en la que se relata la muerte del mítico cacique Calarcá.

También resulta llamativa la relación que Pineda Botero novela entre Juan de Urbina y Juan de Castellanos, el famoso autor de una de las crónicas de indias más conocidas: *Elegías de varones ilustres de indias*. Así también, es muy interesante el intertexto que sirve para relatar uno de los episodios claves en la vida de Urbina: su relación con Arsenio de San Pablo, ermitaño de los alrededores de Tunja a quien acude Urbina en busca de un milagro. Es un aspecto interesante de la novela de Pineda, pues él ha sido uno de los pocos estudiosos de la “Primera novela latinoamericana (donde aparece el famoso ermitaño)”: *El desierto prodigioso y prodigio*

---

1 Primera edición de la novela: Bogotá: Planeta, 1997. Segunda edición: Medellín: Eafit, 2004.

*del desierto*, de Pedro de Solís y Valenzuela, a la que Pineda Botero le dedicó un estudio muy importante para la historiografía de la novela colombiana.

Pero una vez agotado el esquema biográfico, la novela en su última parte cambia de ritmo y de formato, y en las 66 páginas finales se dedica a relatar los pormenores del juicio que le siguió, durante siete años, el Tribunal de la Santa Inquisición al pobre de Juan de Urbina por el delito de bigamia, y que le da sentido al subtítulo de la novela: Memorial de la Inquisición. Cartagena de Indias-Sevilla 1633.

A todas luces, se trata de un malentendido y de un complot con visos de chantaje del que, sin embargo, y debido a la manera como estaban diseñados los procesos del Tribunal, no se pudo zafar el héroe, que aquí se transforma en víctima que puede ser villano para la historia. Tiene en efecto todo a favor, incluso amigos en Cartagena. No obstante, todo indica que una vez que alguien es incorporado a los procesos de la Inquisición no es nada fácil salir invicto de ellos. Los cuatro breves capítulos en los que se desarrolla esta última parte sirven no sólo para recapitular la vida de Juan de Urbina, sino para mostrar que no se podía terminar con un final feliz, porque, como afirma el propio narrador, “las historias que en las novelas tienen un final feliz, en la vida real continúan, a veces por senderos impredecibles”. Y en efecto, al final esperado, justo y concluyente, se le sobrepone uno totalmente inesperado y sobre todo ambiguo.

Aquí unas últimas reflexiones. El drama jurídico que sufre Urbina, con todos los enredos entre jueces, abogados, testigos y demás elementos de la parafernalia inquisitoria, y que necesitó de la parte biográfica extensa para crear el ambiente que hará participar al lector muy seguramente en favor del “esposado” (que por lo demás vive situaciones deplorables e injustas), resulta ser en realidad un memorial, una síntesis, una estrategia requerida por los jueces que en la instancia final reciben un caos de folios que ya nadie entiende. Aparece entonces en todo su esplendor el poder del relato, la capacidad de la narrativa para hacer inteligible los hechos, más allá de toda consideración técnica o de cualquier racionalidad jurídica e incluso histórica. Pero, ¿no es acaso excesivo otorgar todo el poder de la intelección al relato, no es a eso precisamente a lo que los historiadores (entre ellos Roger Chartier<sup>2</sup>) reaccionan: a su reducción a la figura de simples narradores de hechos?

---

2 Me refiero a la discusión que hace el historiador francés en el capítulo 3 (“La historia o el relato verídico”) de su libro *El mundo como representación* (Barcelona: Gedisa, 1992), en el que admite que si bien la estrategia de intelección de los escritos históricos es el relato, se distingue de otras narrativas por lo que él llama la “racionalidad histórica”, es decir, los procedimientos académicos que el historiador desarrolla para obtener los fenómenos de su relato.

El propio Pineda Botero, como afirmé arriba, ha reflexionado sobre la relación entre historia y literatura. Para Pineda, como para varios otros autores de novela, la literatura, sobre todo la novela latinoamericana contemporánea, ha encontrado una magnífica oportunidad para “cambiarle la memoria” al público lector, deconstruyendo la “memoria oficial” en un ejercicio que Tomás Eloy Martínez no dudará en llamar *la batalla de las versiones narrativas*, es decir, la capacidad que tiene la novela para ejercer, mediante su principio de ilusión (contrapuesto al principio de “verdad” que se arroga la historia), versiones alternas, verosímiles o no, que necesita el pasado en su complejidad, única manera de alcanzar el conocimiento de ese pasado y de vivificar y dinamizar la memoria colectiva, una memoria que más allá de la individual (la memoria del corazón) se requiere para la acción política.

Pineda Botero propone entonces que la novela no sólo es capaz y tiene la legitimidad para mezclar ficción y realidad en ese ejercicio contestatario, sino que ha vuelto su discurso tan complejo como para hacer del relato un escenario para la reflexión y no sólo para la recreación de los hechos. En ese sentido, Pineda propone al menos estas alternativas:

- Obras ambientadas en el pasado, pero con elementos del presente. Personas del presente que viajan al pasado y conviven con personajes históricos (como en *Las cenizas del libertador*, de Fernando Cruz Kronfly).
- Obras del pasado cuyos protagonistas evolucionan hasta el presente y viven vidas contemporáneas. Obras del pasado cuyos protagonistas visten y actúan en el pasado, pero piensan con categorías del presente (como en *La tragedia del generalísimo*, de Denzil Romero).
- Nombres históricos conocidos que sirven de máscara a nuevas vidas ficticias (como en *La mujer doble*, de Próspero Morales Pradilla).
- Obras pastiche que reelaboran textos para ser decodificados por lectores competentes (como en las novelas de Álvaro Mutis).

¿Y qué ha hecho Pineda Botero en esta novela? Mi hipótesis es que ha desarrollado una variante del juego que ya nos ofreció en *El Insondable* y ha puesto a rodar de nuevo su alto grado de autoconciencia narrativa (como esa *rara avis* que es él, instalado no sin incomodidad en el ambiente literario colombiano: fusión de teórico y narrador) para ofrecernos en *El esposado* una sutil mezcla de varias de las modalidades de novela histórica contemporánea que él mismo ha previsto, pues el narrador de este relato habita, se viste, se comporta de manera consistente con el pasado histórico narrado, pero evidentemente tiene la conciencia narrativa de los tiempos modernos, como si el propio Pineda Botero hubiera viajado para ser el relator de la Inquisición. Además el texto reelabora, teje, en un juego ma-

gistrado de palimpsestos, varios de los documentos “reales”; el propio memorial de la Inquisición, que, si seguimos lo acotado en la presentación de la novela, existe auténticamente; la novela de Solís y Valenzuela; y finalmente su propia revisión teórica de la relación entre novela e historia.

En ese orden de ideas, estamos ante una obra maestra, no sólo por su confección impecable, por su estilo depurado y por su estrategia narrativa, incluso por la belleza del objeto mismo (el libro y su hermosa carátula), sino por el tremendo trabajo de investigación que hay detrás, por la diversidad de lecturas que exige y sobre todo por lo inquietante de su propuesta.